



III SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

24 al 30 de enero de 2021

El Evangelio comentado cada día
con una aproximación al carisma de la Hospitalidad
Danilo Luis Farneda Calgaro

DOMINGO 24 de enero (Marcos 1, 14-20)

“Dejaron las redes y lo siguieron”

La fe no es solamente asentimiento a un credo. Implica asumir un estilo de vida y para ello debemos ser capaces de lanzarnos a la llamada de su novedad, como lo hicieron Santiago y Juan.

El discipulado, el seguimiento a Jesús, el Cristo, exige comulgar con su proyecto, compartir su sueño y ser capaces de renunciar a aquello que, siendo legítimo, entorpezca emprender y continuar el camino escogido.

Las respuestas *“a medias”* terminan en componendas que vuelven poco creíble el proyecto que decimos abrazar. Sin esta *“pasión”* es imposible orientar la propia vida en clave de Evangelio.

La Hospitalidad, constituye el sueño compartido de quienes nos sentimos llamados a vivir, con formas adaptadas a un contexto vocacional específico, el carisma legado por nuestros Fundadores.

Somos discípulos de Jesús de Nazaret, a la manera de San Benito Menni y las primeras hermanas Hospitalarias. Ese es nuestro código de identidad y para ello debemos ser capaces de *“dejar las redes”* y seguirle...

LUNES 25 de enero (Marcos 16, 15-18)

“Pondrán sus manos sobre los enfermos y los curarán.”

La imposición de las manos sobre las personas enfermas nos coloca en sintonía con la sensibilidad evangélica del carisma Hospitalario. Existe sobrada literatura que recupera y pone en valor la función sanadora de la cercanía y de los gestos de afecto con la persona que sufre.

Ciertamente la pandemia nos está exigiendo redescubrir la fuerza de la mirada, de la cercanía sin tocarnos, la fuerza de la palabra...

Debemos encontrar ese lenguaje que recupere las caricias que ya no podemos dar. Implicarnos en el dolor del otro, nos ayuda a asumir sus limitaciones, a la vez que reafirmamos nuestra fe en la presencia amorosa de Dios en tantas biografías quebradas como las que acompañamos a diario.

MARTES 26 de enero (Marcos 3, 31-35)

“El que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre”.

La multitud dificultaba que María y sus familiares pudieran acercarse. Ante la advertencia de algunos de los presentes, Jesús aprovechó para señalar que el rango de “familiar” no genera ningún derecho particular, sino que el cumplimiento de la voluntad de Dios es lo que confiere identidad al discípulo.

El Evangelista Lucas, al narrar el mismo episodio, señalará que la voluntad de Dios la descubrimos en la escucha de la Palabra.

¿Qué lugar ocupa la Palabra en la vivencia de la Hospitalidad? Si se trata de una señal de identidad no es algo sólo deseable, sino necesario. ¿Hacemos de la Palabra la inspiración cotidiana para vivir en clave de Evangelio el carisma institucional?

El XXI Capítulo General, recuerda la llamada a recentrar la vida en Cristo y que ello *“nos urge a una renovada escucha de la Palabra de Dios y a recuperar el valor del silencio para meditarla y dejarnos interpelar.”*

Si bien el documento se refiere a las Hermanas, en términos de COMUNIÓN EN LA MISIÓN, no deja de ser un punto esencial también para los colaboradores que asumimos la misión en su dimensión confesional.

MIÉRCOLES 27 de enero (Marcos 4, 1-20)

“Unas espigas dieron grano al treinta; otras al sesenta; y otras, al ciento por uno”.

El sembrador siembra la Palabra pero no puede controlar lo que ocurre. Esta dinámica, que se da en cada uno de nosotros, se repite en los destinatarios de nuestra misión.

La tarea esencial de la Iglesia es evangelizar. Pero ni la Iglesia, ni nosotros en ella, controlamos las respuestas. Somos mediadores, instrumentos que acercan el mensaje, sin más pretensiones.

Ante la estrategia de priorizar y contabilizar los resultados se impone la conciencia serena de quien cumple con su misión de sembrador.

Ante la pretensión de exigir una respuesta, la sensatez de respetar y esperar. ¡Cuánto debemos crecer en esta mística del abandono en Dios!... sin pretender controlarlo todo...

JUEVES 28 de enero (Marcos 4, 21-25)

“¿Acaso se enciende una lámpara para taparla?”

Si la llama encendida no se expone al aire libre se apaga por falta de oxígeno.

No podemos hablar de una misma fe y un mismo carisma Hospitalario si no lo compartimos y le damos un lenguaje comprensible para quienes nos rodean. Debemos “dar oxígeno” al don recibido.

A veces pienso que somos demasiado silenciosos a la hora de decir quiénes somos. Ese silencio juega en nuestra contra. Lo que no se celebra, lo que no encuentra un lenguaje, termina debilitándose y muriendo.

La luz de la Hospitalidad no nos pertenece, pero debemos hacer las veces de antorchas para ponerla en lo alto... y que ilumine...

VIERNES 29 de enero (Marcos 4, 26-34)

“Con parábolas, les exponía la Palabra”.

La encarnación del Verbo se ilumina desde esta opción de Jesús por adaptar los canales de comunicación a sus interlocutores. Las gentes sencillas que oían sus enseñanzas eran en su mayoría pequeños campesinos que sembraban su trigo, cuidaban sus vides y frutales con esmero, en unas condiciones no siempre favorables.

En el mundo del sufrimiento psíquico esta llamada se convierte en un desafío de profundo calado ya que la enfermedad suele limitar las capacidades básicas de comunicación de las personas afectadas.

Asumir el criterio de la encarnación en el desarrollo de la misión Hospitalaria implica un amplio, creativo y constante despliegue de recursos. ¿Cuál es nuestro compromiso al respecto? La rutina y los formatos estandarizados tienen poco que ver con esta dinámica evangelizadora.

SÁBADO 30 de enero (Marcos 4, 35-41)

“Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?”

En medio de la imprevisibilidad, de las amenazas de naufragio, siempre contamos con Dios. Ello implica anteponer la certeza de su presencia al deseo de sentirnos seguros desde el dominio de las circunstancias.

No son pocas las situaciones de zozobra en las que nos podemos encontrar a nivel personal, familiar o institucional. En medio de estas “tormentas”, es fundamental sentirnos en las manos de un Dios que nos quiere y que nunca nos abandona de sus manos.

La advertencia parece subrayar que lo que importa no son las dificultades en sí mismas sino la forma en que nos enfrentamos a ella.

¡Qué oportuno resulta este mensaje ante los enormes desafíos que nos presenta la pandemia que nos azota! La secuencia interminable de cifras alarmantes en infectados, fallecidos, afectados por las secuelas nos inquieta... ¡y no es para menos! La Palabra nos hace hoy un llamado a abandonarnos en Dios, a reafirmarnos en que “nada ni nadie nos separará del amor de Cristo”, al tiempo que nos comprometemos a ser responsables y eficientes en el cuidado propio y ajeno.